



Revista de Historia de la Psicología

www.revistahistoriapsicologia.es



José Asunción Silva: la Psicología Experimental en versión literaria (Colombia 1887-1896)

Gilberto Oviedo Palomá

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia

Jacqueline Benavides Delgado

Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá – Colombia

INFORMACIÓN ART.

Recibido: 26 agosto 2022
Aceptado: 3 noviembre 2022

Palabras clave
José Asunción Silva,
historia de la psicología,
Colombia,
Literatura,
Romanticismo

Key words
José Asunción Silva,
history of psychology,
Colombia,
Literature,
Romanticism

RESUMEN

La psicología experimental fue objeto de descripción literaria, en el siglo XIX colombiano, por José Asunción Silva en su novela *De Sobremesa*. La aproximación novelística a la psicología fue llevada a cabo con el ánimo de adelantar un proceso de modernización de las formas de pensar el desarrollo de la propia personalidad, la atención de las dolencias psíquicas y el modo de estimular la inspiración poética. El artículo ofrece una semblanza de los asuntos psicológicos abordados: la imagen de los psicólogos experimentales de la época, el perfil de la disciplina y su metodología de abordaje en temas como la depresión y la ansiedad. La revisión de la literatura deja en claro que las formas estéticas son un recurso para rastrear históricamente la recepción social de la disciplina. Las conclusiones resaltan el esfuerzo del estamento artístico por acercar el país a las visiones modernas y seculares de la conciencia humana.

José Asunción Silva: Experimental Psychology in A Literary Version (Colombia 1887-1896)

ABSTRACT

Experimental psychology was the subject of literary description, in the Colombian nineteenth century, by José Asunción Silva in his novel *De Sobremesa*. The novelistic approach to psychology was carried out with the aim of advancing a process of modernization of the ways of thinking about the development of one's own personality, the care of mental illnesses and the way of stimulating poetic inspiration. The article offers a semblance of the psychological issues addressed: the image of the experimental psychologists of the time, the profile of the discipline and its approach methodology in topics such as depression and anxiety. The review of the literature makes it clear that aesthetic forms are a resource to historically trace the social reception of the discipline. The conclusions highlight the effort of the artistic establishment to bring the country closer to modern and secular visions of human consciousness.

Correspondencia Gilberto Oviedo Palomá: goviedo01@hotmail.com. Jacqueline Benavides Delgado: jaqueline.benavidesd@campusucc.edu.co

ISSN: 2445-0928 DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2022a14>

© 2022 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/ To cite this article:

Oviedo, G. y Benavides, J. (2022). José Asunción Silva: la Psicología Experimental en versión literaria (Colombia 1887-1896). *Revista de Historia de la Psicología*, 43(4), 10-19. Doi: [10.5093/rhp2022a14](https://doi.org/10.5093/rhp2022a14)

Vínculo al artículo/Link to this article:

DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2022a14>

Introducción

El presente artículo se propone dar lustre a la siguiente formulación: en el siglo XIX colombiano un reconocido literato llevó a cabo la introducción de la psicología experimental de manera novelada, en medio de un esfuerzo por mostrar la forma moderna de pensar la mente humana. El poeta José Asunción Silva (1925/1993) escribió entre 1887 y 1896 su única novela *De Sobremesa*; un relato de sus experiencias autobiográficas. El protagonista de la novela José Fernández, seudónimo de Silva (1925/1993), recorrió a finales del siglo XIX las metrópolis europeas como Londres y París, en medio de una intensa búsqueda de solución a sus dolencias psíquicas: la melancolía, su condición depresiva, al igual que sus ataques de ansiedad. El contacto con los psicólogos experimentales fue fuente de inspiración para convertir la psicología experimental en objeto de labor narrativa en aspectos como su racionalidad científica basada en el método experimental, al igual que el perfil de sus grandes representantes como Jean-Martin Charcot (1825-1893), reconocido hipnotista, quien aparece en la novela bajo el seudónimo de Charvet (Rosselli, 1968).

La imagen de un poeta versando sobre la importancia de incorporar la mentalidad científica de la psicología moderna en el país resulta novedosa, pues habitualmente se asume el ingreso de la disciplina por intereses prácticos como el desarrollo de técnicas psicométricas o aplicaciones en los campos de la psicología clínica o educativa (Ardila, 1973; Peña, 1993). Igualmente resulta extraño, para el lector de nuestros días, encontrar en el arte literario un aliado del proyecto científico de la psicología moderna, pues se asume una cierta contraposición entre ciencia y arte. Se ha llegado a establecer que el atraso científico de la disciplina en América Latina proviene de la proclividad de la región al cultivo de las formas estéticas en abandono de la lógica experimental:

“Nosotros somos pueblos “de sangre caliente”, para los cuales las manifestaciones artísticas (el teatro, la danza, la pintura, la literatura) configuran una realidad existencial que se valora muchísimo y se acepta como algo propio. El arte es parte de la entraña misma de los pueblos latinoamericanos. En cambio, no creemos en la vigencia de leyes universales, en las pautas ordenadas de la ciencia” (Ardila 1986, p. 28).

En periodos históricos como el siglo XIX el arte fue uno de los principales instrumentos de modernización de la sociedad occidental. La producción estética estuvo al servicio del desarrollo de la personalidad autónoma, la formación de una sociedad tolerante a las diferencias individuales, el desarrollo de las facultades mentales, el alivio de los padecimientos emocionales y en general el estado de satisfacción consigo mismo. Los movimientos artísticos como el *romanticismo* clamaban por la libertad de expresión, el reconocimiento de la posibilidad de dar salida a las pasiones, la exploración de las diversas dimensiones de la vida subjetiva como los sueños, todo ello sin mencionar la importancia concedida a la infancia y su incidencia en el desarrollo de la vida adulta.

Autores como Silva fueron hijos de su época, pues concibieron el arte como un medio cultural para controvertir ideas, formas sociales y tradiciones culturales. En el ambiente colombiano de una sociedad

fanáticamente católica, con estructuras estatales teocráticas como la Constitución política de 1886 y el Concordato de 1887, hacía falta la luz de pensamiento moderno. Se requería de una mirada sobre la importancia de la vida de las personas, el desarrollo de su juicio y la capacidad de decidir de manera independiente con base en el cultivo del desarrollo intelectual y emocional.

La psicología moderna revestía importancia para los pensadores como Silva, pues representaba un aire fresco de libertad para pensar la psique sin los apasionamientos religiosos, que la ligan a la voluntad divina. La imagen de la psicología como una ciencia que trataba la vida de conciencia con base en explicaciones fisiológicas y el uso del método experimental representaba una oportunidad para otorgarles a las personas la posibilidad de apropiarse de su vida psíquica. Las enfermedades mentales dejarían de ser un designio del destino para convertirse en un objeto de estudio susceptible de investigación con explicaciones generadoras de alternativas de solución.

La psicología experimental fue uno de los grandes acontecimientos del siglo XIX que llevó a muchos poetas, escritores a disertar, en el ámbito colombiano, sobre sus problemas fundamentales como el origen de la conciencia (Salazar, 2022, 2020, 2019). El debate sobre si la mente humana debería ser desarraigada del terreno religioso y su concepción del alma cristiana (como único camino para entender los asuntos psíquicos) generaba enconados discursos, versos, novelas, etc. Algunos movimientos artísticos de tipo pictórico como el costumbrismo colombiano se pronunciaron frente al problema de una nación distante del desarrollo de sujetos orientados por su propia individualidad. (Oviedo, 2018)

La psicología experimental contó con diferentes recursos de recepción en el siglo XIX colombiano. Un movimiento católico como el neotomismo se propuso apropiarse los avances de la disciplina para hacerlos compatibles con la fe cristiana (Oviedo & Benavides, 2021b; Oviedo, 2019). Los canales de filtración de las ideas de la psicología moderna fueron diversos y superaron con creces la simple réplica de asuntos prácticos para aproximarse a los debates fundamentales de la psicología como ciencia.

José Asunción Silva y su obra literaria ha sido materia de análisis psicológico, a través de estudios biográficos. El país se sintió conmovido cuando el prestigioso escritor se suicidó a la edad de 31 años en 1896. Tuvo aún mayor impacto que su única novela *De Sobremesa* fuera concluida pocos meses antes del deceso; razón suficiente para ligarla con los motivos de su decisión fatal.

Se ha considerado *De Sobremesa* un ejemplo descriptivo del síndrome de la depresión melancólica, por el registro pormenorizado de las alteraciones mentales sufridas por el protagonista. Se planteó que el poeta proyectó en la novela el síndrome de una psicosis narcisística; también se afirmó la sospecha de relaciones incestuosas con su hermana Elvira, cuyo deceso lo llevó a querer unirse con ella en la sepultura (Rosselli, 1968). En tiempos recientes, Ángel (2019) describió el perfil psicológico de un personaje trágico, pues lo mejor de su obra poética desapareció en un naufragio; su novela *De Sobremesa* tuvo que ser reescrita en medio de un doloroso esfuerzo por superar el sentimiento de frustración. El fracaso económico lo convirtió en un aristócrata venido a menos; la persecución de múltiples acreedores y enemigos, junto con las continuas amenazas de muerte lo llevó a un estado paranoico.

Silva fue un escritor de profundas convicciones sociales. Consideró necesario que su país conociera la ciencia de su tiempo, viera en ella oportunidades de desarrollo personal y social. Se hacía necesario dejar de ver en la ciencia un opositor a las concepciones y prácticas de la Iglesia Católica para asumir sus aportes al bienestar subjetivo. Al igual que un didacta, tradujo la densa y complicada jerga científica de la psicología experimental al lenguaje simple y sencillo de la comunicación novelística. La idea de ver en la psicología una ciencia aliada del progreso humano se podía comprender cuando se relataban sus aportes en primera persona y ante la atención de los padecimientos de la enfermedad mental.

Este artículo da cuenta, a través de los siguientes apartados, del modo de apropiación del conocimiento psicológico en *De Sobremesa*. Inicialmente, se atisba el escenario histórico de la novela con énfasis en la mirada secular de la mente humana y su desafío a la autoridad católica. En segundo lugar, se retomarán las reflexiones realizadas en la novela sobre las relaciones entre psicología y arte. Se hace referencia a la inclinación pato biográfica de la época y la vinculación del arte y los artistas con la enfermedad mental. En tercer lugar, se describe el encuentro con dos psicólogos experimentales europeos y su modo científico de abordar tanto conceptual, como metodológicamente los temas de la depresión y la ansiedad. Espacio aparte ocupan las experiencias de Fernández con el consumo de sustancias psicoactivas y sus efectos adictivos. Finalmente, el documento aportará algunas conclusiones sobre el significado histórico de un trabajo literario orientado a realizar un diálogo abierto sobre los aportes de la psicología al bienestar mental de las personas.

José Asunción Silva (1865-1896) y la visión secular de la mente humana.

Silva fue admirado en vida por su producción estética pródiga en la poesía, mientras en la vida social era un aristócrata de finas maneras, individuo extraño y ajeno al gusto popular. Se le tenía por un *dandy criollo*, por su pulcritud, elegancia en el hablar y en el vestir, delicados modales y personalidad histriónica. Asumía posturas críticas hacia el fundamentalismo católico; miraba con desdén la popular sumisión reverencial frente a las élites religiosas y políticas. Era consciente de la censura que sobre él recaía, pues se sentía un libre pensador con derecho a ejercer la libertad de expresión, sin temor al *qué dirán*. Suponía que tras su deceso su obra literaria correría el riesgo de ser discriminada. En efecto, la novela *De Sobremesa* fue publicada, 30 años después de su muerte, en 1925 y en medio de fuertes resistencias. Así se expresaba en su novela: “al morir, nada más, sobre el cadáver todavía tibio, comenzará a formarse la leyenda que me haga aparecer como un monstruoso problema de psicológica complicación ante las generaciones del futuro” (Silva 1925/1993, 84).

El siglo XIX contaba con la marcada tendencia, local e internacional, a considerar a los artistas como monstruos psicológicos saturados de aberraciones. La capacidad creativa, la tendencia a la innovación y la proclividad al uso de la imaginación fue vista como una manifestación de estados patológicos. Un ejemplo lo constituye el libro, citado por el propio Silva (1925/1993), de Max Nordau titulado “*Degeneración*”, caracterizado por considerar a cada artista digno de una clasificación

patológica. La consideración de la labor psicológica como un proceso de evaluación de la producción estética resultaba una idea sumamente cuestionable, según lo manifestado por el poeta bogotano: “Nordau se pasea por entre las obras maestras que ha producido el espíritu humano... Lleva sobre los ojos gruesos lentes de vidrio negro y en la mano una caja llena de tiquetes con los nombres de todas las manías clasificadas y enumeradas por los alienistas modernos” (Silva 1925/1993, 44).

Silva (1925/1993) consideraba necesario aclarar y sentar postura frente el modo de aproximación psicológico a la literatura, pues el arte era a su juicio, una forma de denunciar y abordar los problemas humanos. El recurso estético era el modo de hacer visibles las dolencias y los padecimientos psíquicos tanto del artista, como de la población. El arte fue concebido como el modo de iniciar el camino para dar solución a las dolencias emocionales y conceder importancia a la vida psíquica ¿Cómo afrontar algo de lo cual no se habla, se oculta y se asume como vergonzoso y deplorable? El arte era una forma de afrontamiento de problemas relevantes para la vida humana, incluida la propia intimidad, tan lacerada por la enfermedad mental. En medio de un dejo de reclamación consideraba necesario reformular las relaciones entre psicología y arte planteada por Nordau: “¡vuelve tus manos rudas hacia el fondo de los siglos y distribuye tiquetes de clasificación patológica a esos que sintieron y expresaron lo que sienten los hombres de hoy! ¡Oh, grotesco doctor alemán, zoilo de los homeros que han cantado los dolores y las alegrías de la Psiquis eterna, en este fin de siglo angustioso, tu oscuro nombre esta salvado del olvido! (Silva 1925/1993, 45).

El arte tenía la capacidad de reflejar la conciencia alcanzada, desde la antigüedad griega, sobre el drama psíquico. Considerar el arte un síntoma clínico, una expresión de enfermedad mental, implicaba descalificar una forma histórica de hacer visibles las llagas de la humanidad. Las formulaciones de Silva hicieron visibles las tendencias pato biográficas que tanto lo fustigaron a él, como persona en el plano local, al igual que a la producción estética en general. El discriminar al artista como un loco que no sabe lo que dice, equivalía a acallar la voz airada de aquellos individuos sensibles que claman ayuda para la propia humanidad.

Silva (1925/1993) encontró en el arte literario el vehículo de expresión de su propio malestar psíquico en medio de la incompreensión y la mirada despectiva de su sociedad. Resultaba fácil declararlo un personaje cercano a la extravagancia y la locura por vivir volcado sobre sus propios problemas mentales. El diálogo horizontal entre arte y psicología, realizado de manera novelada tenía un importante propósito: hacer llevadera la vida personal, facilitar la posibilidad de alcanzar un estilo de vida satisfactorio, en medio de la superación del sufrimiento psíquico. En estos términos se formuló el interés por alcanzar la sensación de satisfacción en medio de su *modus vivendi*:

“mi aspiración más secreta, mi pasión más honda: el deseo de sentir la vida, de saber la vida, de poseerla, [...] ¿Tú crees que yo me acostumbro a vivir? No, cada día tiene para mi un sabor más extraño [...] ¿Tú crees que la mayor parte de los que se mueren han vivido? Pues no lo creas; mira, la mayor parte de los hombres, los unos luchando a cada minuto por satisfacer sus necesidades diarias, los otros encerrados en una

profesión, en una especialidad, en una creencia, como en una prisión que tuviera una sola ventana abierta siempre sobre un mismo horizonte, la mayor parte de los hombres se mueren sin haberla vivido, ¡sin llevarse de ella más que una impresión confusa de cansancio!... ¡Ah! vivir la vida... eso es lo que quiero, sentir todo lo que se puede sentir, saber todo lo que se puede saber, poder todo lo que se puede [...] ¡Ah! ¡vivir la vida! emborracharme de ella, mezclar todas sus palpitaciones con las palpitaciones de nuestro corazón antes de que él se convierta en ceniza helada; sentirla en todas sus formas". (Silva 1925/1993, 35)

Las palabras de la cita anterior dejan a la vista la modernidad de las ideas del poeta Silva, pues la Colombia del siglo XIX asumía la vida humana como el producto de la predestinación celestial. La vida personal, la propia existencia, las vivencias espirituales hacía parte de la vida del alma; un alma sobrenatural, producto de la donación divina, llena de misterios y enigmas indescifrables. La vida interior de las personas era materia de pensamiento religioso y ante las afugias espirituales debería acudir a la labor pastoral de la Iglesia católica; la única fuente de alivio espiritual para los creyentes. La necesidad de encontrarle sentido a la propia experiencia personal implicaba el preguntarse por la voluntad divina y su forma de dejar a las personas ubicadas en el mundo terrenal. Si los padecimientos espirituales eran perdurables había que asumirlos con resignación pues la vida humana transcurría por un valle de lágrimas.

El hecho de buscar con argumentos propios la "razón del existir" era considerado un acto de soberbia. Se le llamaba con el mote de José "Presunción" Silva, pues era considerado un presumido por mostrarse ajeno a los asuntos de la fe.

De Sobremesa fue una clara exposición de la sensación de hastío hacia la condición social del país. Una región apartada ideológicamente del mundo moderno y volcada sobre el cumplimiento de los mandatos divinos bajo la tutela católica. Había necesidad de apartarse del rebaño fanáticamente religioso, para refugiarse en el fuero interno, en la esfera de la subjetividad cargada de individualidad, en medio del aislamiento y la privacidad. Pensar la propia psique, en medio del apartamiento del mundanal ruido, era una fantasía largamente acariciada, que se alcanzaba cuando se acudía a la ciencia psicológica.

La presencia de "individuos" apropiados de su subjetividad podría aportar al país oportunidades de progreso social (Oviedo 2018). Las personas se definían, en el entorno bogotano, por su clase social y el abolengo. Existían tradiciones religiosas, como entregar los hijos al seminario o al convento, dentro del régimen de diezmos y primicias. Los hijos seguían el oficio de los padres, como el caso militar (Jiménez & Reina 2019; Reina 2017). La condición política también se heredaba; era una traición pertenecer a un partido distinto al de familia.

Se hacía deseable adelantar en el país un proceso de transición histórica para generar la existencia de sujetos con capacidad de pensamiento autónomo, crítico e independiente. Silva era un hombre melancólico y solitario, interesado en generar una sociedad tolerante basada en la presencia de "individuos" dispuestos a asumir el derecho a la diferencia. La novela *De Sobremesa* se desarrolló en un intento deliberado de regresar a la naturaleza, al remanente de proporcionado

por los seres terrenales, por los elementos del paisaje, las formas nativas primigenias. El reino de lo natural era el fiel reflejo de la permanente diferenciación de las especies, de la continua variación de los organismos, en un proceso de individuación, dentro de una mejora para asegurar la supervivencia.

Las ideas de la psicología moderna y el arte romántico representaban un aire fresco para una sociedad, como la bogotana, sumida en una vida tediosamente tradicionalista. La religiosidad de la época consideraba que las personas estaban en el mundo a la manera de una serie de almas encarceladas en un cuerpo material corrupto y pecador. Las personas estaban a la espera de la hora de la muerte para que el alma desencarnada se reencontrara con el Creador.

La psicología experimental ofrecía un gran atractivo por su carácter secular, tan crítico, hacia la tradición espiritualista del alma cristiana (Oviedo & Benavides, 2021a). La disciplina psicológica consideraba al ser humano un sustrato de integración mente cuerpo, en el que la vida material de las personas, sus experiencias sensoriales en el mundo terrenal generaban un fuerte impacto en los estados emocionales, en las capacidades intelectuales y en general en el talante personal y estados de ánimo. Nada más interesante que el hecho de contar con una ciencia que proporcionaba el saber material necesario para aliviar los estados de ansiedad y depresión, al igual que proporcionar conocimientos para estimular la capacidad creadora, la inspiración poética de la cual dependen los artistas. En estos términos, el autor colombiano, da cuenta de su predilección por la naturaleza en medio de su deseo de apartarse de la sociedad de su época:

"La naturaleza, pero la naturaleza contemplada así, sin que una voz humana interrumpa el diálogo que con el alma pensativa que la escucha entabla con ella, con las voces de sus aguas, de sus follajes de sus vientos, con la eterna poesía de las luces y las sombras. Cuando aislado así de todo vínculo humano, la oigo, la siento, me pierdo en ella como en una nirvana divina" (Silva 1925/1993, 73).

El concepto de lo natural hacía referencia, en *De Sobremesa*, no sólo a los componentes agrestes del entorno, pues el ser humano también era parte de la armonía del mundo material. Lo seres humanos, entendidos como seres naturales, estaban movidos por pasiones, por la fuerza vital que los impulsa a la adaptación y por ende al deseo de un mejor vivir en medio de sus condiciones físicas. El cuerpo humano estaba dotado de la capacidad sensorial que le permite disfrutar de la melodía del mundo material en movimiento. Cuando los seres humanos escuchaban su propia naturaleza, a través de la búsqueda de satisfacer sus deseos carnales y acceder a la esfera de sus propios instintos había sinceridad, transparencia, congruencia consigo mismo y por ende salud mental.

En estos términos recibía José Fernández los consejos del psicólogo experimental Charvet sobre la importancia de atender las necesidades corporales: "Ha realizado usted el consejo de Spencer, me dijo, «seamos buenos animales», es usted un hermoso animal, agregó sonriéndose" (Silva 1925/1993, p. 141). El llamado de Silva fue frecuente a lo largo de su novela. La aceptación de la corporeidad humana era una necesidad personal y una invitación para vivir la vida íntima de manera placentera. La odiosa imagen religiosa de las personas en abierta represión de sus deseos pasionales resultaba

cada vez más insoportable; con mayores veras si se asumía que los padecimientos terrenales serían compensados en el cielo.

La psicología moderna contemplaba dentro de su visión materialista el problema de la sexualidad humana, el elemento que emparenta lo humano y lo natural, incluido lo animal. El sexo era en Colombia un asunto sometido a la doctrina católica y asociado a la actividad conyugal que conduce a la concepción de los hijos bajo el sacramento matrimonial.

De sobremesa presentó una visión polémica, en el país, pues se permitió hablar de la materialidad del cuerpo y sus apetitos. La sexualidad fue un ejemplo de sus debates acerca que la forma de vivir la vida terrenal en una versión moderna. La sexualidad fue considerada en sí misma una fuente de placer, una motivación hacia el deleite de la vida, más allá de los compromisos de la moral religiosa. El ser humano estaba dotado de la natural tendencia a la satisfacción carnal. Las formas represivas, los tabúes, las inhibiciones eran perjudiciales para el natural desarrollo de la personalidad. Fernández encontró en las palabras de Charvet una hipótesis explicativa de su sintomatología depresiva:

“Me interrogó hábil y discretamente hasta hacerme confesar los cinco meses de abstinencia sexual a que me ha condenado la posibilidad de cualquier contacto femenino [...] ¿un voto de castidad hecho por usted, a sus años y con esa facha? [...] es ésa la causa. ¡Con esa fisiología de atleta que tiene usted y con sus veintiséis años! ¡Supóngase usted una batería poderosa acumulando electricidad; una caldera produciendo electricidad y vapor que no se emplean! [...] Sobran las drogas, amigo mío, usted sabe el remedio, aplíquese lo [...] en dosis pequeñas al principio, agregó sonriendo siempre”. (Silva 1925/1993, p. 142).

La imagen de la práctica sexual como una actividad saludable resultaba transgresora para la mentalidad colombiana. La abstinencia sexual era un valor fundamental del catolicismo, pues reflejaba la fortaleza espiritual. Charvet consideraba al ser humano una entidad física gobernada por las leyes de la naturaleza. La búsqueda de la satisfacción sexual fue considerada una necesidad básica del organismo para mantener la salud. Las metáforas de la época resultan sumamente notables, pues recién se había descubierto la circulación de la electricidad a través del cuerpo humano, gracias a los desarrollos del galvanismo, y se había consolidado la imagen de la mente como el producto de la actividad fisiológica.

En la novela se citan frases de calado materialista, como la formulada por otro de los psicólogos experimentales de la época John Rivington, quien afirmaba que la ciencia: “no admite hoy separación alguna entre los fenómenos de la vida y los considera todos, desde la respiración y la nutrición, hasta las más altas ideaciones y los sentimientos más nobles como manifestaciones de una misma causa” (Silva 1926/1993, p. 116). Las causas materiales soportaban los estados mentales.

La búsqueda de la satisfacción sexual era un propósito de vida por parte de Fernández. La vida erótica estaba fuertemente asociada al fortalecimiento de la autoestima, la calidad de vida, el desarrollo de una actitud avasallante, que se proyectaba en la capacidad de la conquista, el goce de la seducción, la estimulación de los sentidos para convertir las relaciones íntimas en una experiencia estética.

Fernández se convirtió en un seductor deseoso de superar

sus síntomas, a través de la actividad erótica. La vida galante estaba acompañada por el uso de suaves bebidas embriagantes, la aromatización del cuerpo, melodías inspiradoras, ambientes lujuriosos, etc. El cortejo se desarrollaba a la manera de una estimulación sensorial planeada por el seductor, de tal manera que pudiera asegurarse la total activación del remanente fisiológico y su descarga energética en medio del vínculo amoroso. Del mismo modo en que se disfruta del nirvana producido por los estímulos de la naturaleza, igualmente el vínculo erótico representaba un derroche de estímulos que inundaba la experiencia sensorial.

El seductor Fernández se prodigó en descripciones sumamente provocadoras, pues asumía que parte del placer sexual implicaba la transgresión de la moral religiosa. Así, por ejemplo, se recreó en la práctica de vínculos eróticos con meretrices y mujeres casadas. La práctica del adulterio fue uno de sus temas predilectos, pues no se trataba de un simple vínculo carnal con la mujer ajena; había una exposición de motivos. Sus encuentros clandestinos dejaron al descubierto los motivos de esposas decepcionadas del matrimonio y tratadas como objetos decorativos de sus maridos; ansiosas de encontrar vínculos emocionales y oportunidades para ser valoradas, asumían el riesgo de la infidelidad. Fernández se sentía conmovido e identificado con sus parejas románticas, pues ellas también eran personas solitarias e incomprensidas, como él. Era claro a lo largo de la novela que el matrimonio no estaba destinado a la satisfacción sexual, ni a la mutua comprensión. Los maridos disfrutaban de la sexualidad en el ámbito de la prostitución, mientras que trataban a sus esposas como madres imitadoras de la virgen, destinadas a la crianza de los hijos dentro del espíritu de sacrificio.

La denuncia social era fuerte y dolorosa, pues se señalaba el machismo, al igual que la condición de desigualdad y vulnerabilidad femenina. La soledad existencial de personas sensibles a sus propias emociones las convertía en materia de burla y ridiculización. Fernández aparece en la novela como un sujeto demasiado amable, suave y caballeroso incapaz de un mal pensamiento. Una de sus relaciones adúlteras fue el producto de un marido, que lo consideraba inofensivo a tal extremo, que le pedía permanecer el mayor tiempo posible con su esposa, mientras disfrutaba de su preferencia por las amantes.

Fernández se prodigó en descripciones sensoriales, tanto en el plano de lo erótico, como en el placer que se experimenta en la exploración de los diferentes escenarios incluidos los consultorios de los psicólogos experimentales. Tan importante era la vida erótica como la búsqueda de explicaciones a los estados de sobresalto emocional.

El encuentro con los psicólogos experimentales del siglo XIX.

El hecho de acudir a un psicólogo en el siglo XIX era una experiencia inusitada y llena de expectativa. El renunciar al tradicional espacio del confesionario para acudir al espacio científico revestía curiosidad. Así fue descrita la primera experiencia de consulta con el psicólogo experimental Rivington, en la ciudad de Londres:

“Doctor, le dije sentándome en el sillón que me ofrecía, tiene usted enfrente a un enfermo curioso que, en perfecta salud corporal, viene a buscar en usted los auxilios que la ciencia

puede ofrecerle para mejorar su espíritu. El catolicismo les da a sus fanáticos, directores espirituales a quienes se entregan. Yo, falto de toda creencia religiosa, vengo a solicitar de un sacerdote de la ciencia, cuyos méritos conozco, que sea mi director espiritual y corporal. ¿Acepta usted el cargo?”. (Silva 1925/1993, p.113).

Las palabras de Fernández hacen evidente la imagen de un pensador moderno en materia psicológica, pues consideraba (muy al estilo del positivismo comtiano), a la ciencia la nueva religión de la humanidad. En la visión positivista se había asumido que en tiempos pasados las religiones estaban al servicio de poderes sobrenaturales; mientras, en el mundo moderno el conocimiento científico estaba al servicio del bienestar material de la humanidad. La ciencia psicológica estaba llamada a desplazar la doctrina del alma espiritual, para introducir nuevas formas de asistencia a las personas como la curación de la enfermedad mental por medio de los tratamientos fisiológicos. La fe en la ciencia era comparable a la experiencia mística de la religión. El conocimiento de las leyes de la materia haría posible que el individuo y la sociedad pudieran vivir su experiencia del mundo presente y futuro de manera satisfactoria, acompañada de un estado de confianza, seguridad y optimismo, basados en el conocimiento.

La psicología experimental, basada en la observación y medición de las variables fisiológicas, podía acceder los estados mentales como los problemas de ansiedad para explicarlos y proponer alternativas de tratamiento. El *modus operandi* de la ciencia psicológica tenían un territorio propio que era el escenario del laboratorio. La descripción del consultorio de Rivington se realizó a la manera de un laboratorio de investigación experimental compuesto por un variado instrumental y una serie de procedimientos metodológicos orientados a describir los estados de conciencia y sus posibles alteraciones. Aquí una rápida semblanza de los procedimientos del psicólogo experimental:

“[Rivington] se levantó para traer y colocar sobre la mesa varios aparatos, a cuyo examen me sometió sucesivamente, haciéndome permanecer de pie, sentarme, recostarme, contar, vendándome los ojos para picarme con alfileres o levantar pesas sujetas a las piernas; estrechar un globo de caucho, ceñirme a la muñeca un mecanismo de reloj terminado con una pluma que trazaba sobre una cinta larga línea ondulante y rítmica; levantar diversas masas de hierro, buscar la incógnita de una ecuación y traducir por escrito un texto de Aristófanes del original griego, mientras que él contaba los minutos inclinado sobre el cronómetro como tomándole el pulso a mi inteligencia”. (Silva 1925/1993, p. 115).

La labor diagnóstica y las formas de tratamiento asumían procedimientos basados en la administración planificada de estímulos. La sensación fue considerada el punto de partida ideal para estudiar el estado fisiológico del sujeto y su influencia en su salud mental. El suministro de pinchazos en la piel tenía por propósito medir el buen estado de los conductos sensoriales, que llevan información al cerebro. Igual sucedía con las acciones musculares, como levantar pesas, encargadas de establecer el buen funcionamiento de los nervios motores. Se consideraba la salud mental un derivado del funcionamiento nervioso.

Las descripciones de Fernández resultaban novedosas para el país, pues se introducían conocimientos de psicofísica, a través de la medición de la respuesta verbal a la presentación de estímulos de diferente intensidad y en diferentes órganos sensoriales. Igualmente, se incorporaba información sobre la técnica de los tiempos de reacción, pues se medía la duración de la presentación de respuestas frente a tareas que implicaban labores de asociación mental, como la definición de una palabra o su traducción. Igualmente, se hacía uso de las primeras técnicas de los “tests” de inteligencia, como el someter al sujeto a la solución de problemas, a través de la ejecución de ecuaciones matemáticas.

El talante psicométrico de la época se hacía notable, pues los fenómenos psíquicos eran susceptibles de medición, al igual que los hechos de la naturaleza. La vida psíquica era explicada, a partir de la interpretación de manifestaciones orgánicas. La comparación de la mente humana con el funcionamiento del mundo físico se hacía cada vez más relevante. La mejor forma de comprender la conciencia humana era a través del lenguaje de las manifestaciones corporales, las reacciones fisiológicas, las expresiones verbales, e incluso los síntomas.

Los análisis del psicólogo experimental, Rivington, incluían una entrevista sobre hábitos de vida, formas de alimentación, actividad física, sueños recurrentes, recuerdos infantiles, fantasías persistentes, etc. Las respuestas de Fernández fueron amplias y sinceras, pues se sentía sumamente confiado ante la autoridad de su doctor, el denominado sacerdote de la ciencia.

Las confesiones realizadas por Fernández, a su doctor, dejaron al descubierto que había llevado al extremo sus ideas materialistas. La convicción de que la vida del cuerpo regula la vida psíquica implicaba la permanente estimulación de los sentidos. Fernández gustaba de los estímulos estéticos como la música, las obras pictóricas, la literatura, etc., para atemperar sus estados de ánimo, pero también consideraba que podía activar su potencialidad personal a través de las sustancias estimulantes. La vida de sibarita de Fernández en Europa estaba matizada por la vida galante en las altas esferas sociales de la diplomacia, las orgías, al igual que el acceso a las sustancias psicoactivas, uno de los grandes atractivos de la época.

El poeta maldito y el uso de los estimulantes.

Fernández vivía a la manera de un poeta maldito, en su periplo europeo. Su actitud era de desprecio frente a la construcción del futuro; quería disfrutar como un bohemio en medio de los placeres mundanos. El uso de elementos psicoactivos incluía sustancias que oscilaban entre el opio y la morfina. Había un intenso deseo de experimentar estados psíquicos desbordantes que lo llevaran al extremo del delirio y las alucinaciones. El privilegio de un hombre de mundo, que se asomaba a la modernidad, consistía en vivir experiencias que lo sacaban de lo cotidiano y lo ubicaban en el plano de las vivencias psíquicas desconocidas.

Los estimulantes representaban una puerta de entrada a formas diferentes de ver el mundo. Tras el uso de alucinógenos era posible tener una inspiración poética, pues la imaginación artística se veía enriquecida. Los estados alterados de conciencia, producto de

sustancias psicoactivas, se convertían en material de trabajo, pues invitaba a los artistas a describir hechos que escapaban a la razón y los acercaban a la locura. El arte ya no estaba destinado a estimular la racionalidad del sujeto, sino a describir las dimensiones ocultas de las experiencias alucinantes.

En el mundo moderno la imaginación ya no era un don divino, ni una propiedad espiritual del alma, sino el producto de la estimulación sensorial. La autoestimulación representaba una capacidad de autocontrol sobre los estados mentales. En especial los estimulantes favorecían una condición particular en el sujeto: la creación de nuevas asociaciones de datos sensoriales para la producción de imágenes psíquicas cargadas de originalidad.

Los conocimientos aportados por la psicología experimental se hacían necesarios para los sujetos, que como Silva querían adquirir autonomía en materia creativa. El artista estaba a la cacería de experiencias materiales que lo nutrieran de contenidos para generar su propia creación innovadora. La originalidad del artista nacía de las experiencias mundanas, de su recorrido por las diferentes esferas de las impresiones ocasionadas por hechos impactantes, ya fuese en la experiencia interna de la alucinación o en el encuentro de realidades humanas desbordantes. Los poetas malditos frecuentaban sitios inusitados como los bares de mala muerte, prostíbulos para narrar las experiencias íntimas de sus protagonistas o la vida de los parias y los marginados para romper con las ideas del sentido común. Una vida tormentosa y agitada, acompañada de hechos sorprendentes y desconcertantes, era el mejor patrimonio artístico. Las tragedias propias o ajenas hacían posible la productividad estética.

Fernández era un personaje fascinado con la posibilidad de hacer uso de la autoestimulación para llevar a su máxima capacidad su potencial creativo. El hecho de dejar huella a través de la obra artística era un ideal altamente acariciado. Sin embargo, sus iniciativas oscilaban entre la aspiración artística del poeta original y creativo, y el personaje que espera resolver sus problemas de ansiedad.

La labor artística de Silva se patentaba en la capacidad de poner las dolencias en el lenguaje literario. La literatura fue considerada algo más que una comunicación de estados subjetivos; simultáneamente era considerada un acto de tipo catártico, la ascesis aristotélica de quien se atreve a escenificar por escrito sus problemas, para liberar la tensión interior. El arte aparecía como un medio apropiado para aliviar el padecimiento psíquico.

El poner las pasiones en palabras y plasmarlas en el papel, a la manera de un diario emocional, hacía su aparición una forma literaria de sobrellevar los síntomas: “Me hielo y me muero de angustia. Para distraerla escribo estas líneas, y al releerlas y encontrarlas inteligibles experimento una sorpresa extraña [...] me entretengo en describir, poseído de mi eterna manía de convertir mis impresiones en obra literaria, los síntomas de la extraña dolencia” (Silva 1925/1993, p. 145).

La vida bohemia de poeta maldito resultó en extremo perjudicial para Fernández, pues afectó la salud del cuerpo por los abusos del licor, los estimulantes, los excesos sexuales y la vida desordenada. Sin embargo, la mayor preocupación era la repercusión de tipo afectivo. Se sentía sólo y abatido por la falta de un vínculo emocional que le proporcionara la sensación de afecto y aceptación íntima. La vida desarrollada en torno a la satisfacción de los deseos carnales era

superficial. Los placeres terrenales ofrecían un placer temporal, que una vez concluidos generaban la angustiada vivencia de decepción frente al vacío existencial.

Fernández, se pronunciaba en estos términos con amargura: “Estoy harto de la lujuria y quiero el amor; estoy cansado de la carne y quiero el espíritu.” (Silva 1925/1993, p.132). Resultaba irónico que después de alejarse de su patria natal caracterizada por la monogamia religiosa, se hiciera objeto de una profunda nostalgia. Había el deseo de retornar al redil de una vida guiada por la compañía de una comunidad de creyentes, unidos por un sentimiento místico. Rivington ofreció explicación a sus desvaríos emocionales:

“La delicia de vivir, que usted experimenta hoy, cortada por bruscas depresiones que lo postran, es al mismo tiempo la causa de sus ambiciones desmedidas, y el peligro futuro para usted; la causa, porque es ella la que le hace desear continuamente impresiones nuevas en la esperanza de que son gratas, el peligro porque revela una sensibilidad exagerada, una especie de hiperestesia que lo imposibilita para resistir el dolor, el día en que éste llame a su puerta. ¿Conoce usted el dolor?, preguntó pensativo...” (Silva 1925/1993, p.122).

Una de las características de los modernos sujetos del romanticismo era su inclinación a vivir de prisa y de manera insaciable en medio de experiencias excitantes y alucinantes. En ausencia de la celeridad de vivencias pasionales la vida parecía aburrida y decadente. Tan sólo había placer en la continua innovación de hechos emocionalmente impactantes. La vida aventurera estaba asociada a la obtención de placeres novedosos en medio de un gusto por lo exótico. El dolor, la actitud sacrificial y penitente eran consideradas cosas del pasado, elementos ancestrales, de las superadas eras de tipo religioso, que tan sólo tenían cabida en mentes estrechas que resignaban la posibilidad de buscar mejores formas de vida. La idea del padecimiento, tanto físico como mental, era una manifestación de impotencia en la búsqueda de los estados de bienestar continuo.

El moderno sujeto romántico se caracterizaba por ser un sujeto jovial a la cacería de oportunidades de diversión, aventura y permanente asombro. Había la fantasía de vivir en medio de una eterna juventud caracterizada por la sensación de dinamismo personal en medio de la generación de una sobredosis de estímulos a la sensibilidad. Rivington ofrecía su versión de la sintomatología de Fernández de este modo:

“hay en usted por el momento tal embriaguez de vida que me hace recordar la frase de Goethe: «La juventud es una embriaguez de sangre». Todo le aparece a usted hermoso, risueño, grandioso, todo lo atrae, todo reclama su atención. El día en que su sistema, cansado por los abusos, se debilite, los nervios transmitirán de preferencia las sensaciones desagradables o dolorosas, mortal apatía lo dominará a usted inhibiéndolo para la acción, su estómago gastado y sin fuerzas digerirá mal, trabajará escasamente su cerebro y entonces será usted el reverso de la medalla, su misantropía, su odio por todo, su desencanto no tendrá límites. Todo joven gozador es el proyecto de un anciano melancólico, los botones de rosa se convierten en rosas marchitas”. (Silva 1925/1993, p.123).

Rivington formulaba teorizaciones sobre el desarrollo de la personalidad inspirado en metáforas naturalistas, como la maduración de un botón de rosa. Las ideas evolucionistas se manifestaban en torno a la presencia de periodos de maduración orgánica, dónde inicialmente hay un excedente vigor y vitalidad, que debe ser administrado, pues se agota paulatinamente. La imagen de la juventud como un periodo de sobrecarga energética, de impulsividad indómita y desbordante, hacía aceptable la inclinación jovial a la permanente acción física, a la búsqueda de los estímulos excitantes. La efervescencia de las pasiones encendidas, en los jóvenes, hacía necesaria la presencia de una sociedad tolerante y comprensiva frente a la explosividad emocional.

La consideración de la juventud como el periodo de las oportunidades para llevar a cabo de manera intensa el juego de roles, la capacidad para mostrarse emocionalmente inestable, caprichoso, cambiante y confuso fue uno de los elementos cimeros del romanticismo europeo. El artista romántico representaba la imagen de la juventud de la humanidad. La obra de Silva (1925/1993) introducía en el país la idea de tolerancia hacia la juventud. La cultura criolla se caracterizaba por la aplicación de castigos físicos a los niños y jóvenes, pues en ellos había inclinación al pecado por los excesos de la carne. Los jóvenes deberían vivir, en la sociedad tradicionalista y católica, en estado de actitud penitente, temerosos de las tentaciones del mundo que inducen al pecado. (Oviedo & Benavides, 2021).

La vida de una sociedad monótona, por sus severas restricciones religiosas, debería ceder terreno al derecho de las juventudes a experimentar los goces de la aventura y la capacidad del descubrimiento de vivencias estimulantes para la imaginación. Sin embargo, Fernández abusaba de sus ímpetus juveniles y vivía de manera anticipada una frustrante sensación de decadencia propia de la senectud.

El envejecimiento prematuro de Fernández era interpretado como un deterioro de tipo fisiológico. La afección del cerebro era motivo de preocupación. El desenfreno había disminuido sus facultades mentales, pues afectó su sistema nervioso, según sus propias palabras:

“Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el haschich, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral [...] la crápula del cuerpo obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensayados por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, [...] al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación, toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así.” (Silva 1925/1993, p. 130).

La descripción realizada en la cita anterior da cuenta del profundo conocimiento que se tenía de las sustancias psicoactivas y sus efectos mentales. Se hace evidente la clara diferenciación entre componentes *químicos depresores*, como el cloroformo, el éter, la morfina, etc., aquellos empleados para disminuir las funciones corporales y así producir estados de relajación, descanso y el sueño. Uno de los

síntomas más pronunciados durante los episodios de ansiedad de Fernández eran sus largos periodos de insomnio, acompañado de un estado de cansancio generalizado y debilidad. Asimismo, aparecen claramente descritas las sustancias activantes o más propiamente estimulantes encargadas de incrementar los niveles de desempeño corporal, el estado de vigilia y la capacidad de reacción intensa frente a los eventos ambientales.

El uso alternado de sustancias químicas depresoras y estimulantes permitía controlar a voluntad los periodos de vigilia y sueño. Ante situaciones apremiantes como los estados depresivos o la ansiedad difusa resultaban oportunos los depresores. Ante las necesidades de tipo productivo como la creación artística se recurría a los estimulantes. Una vez lograda una larga jornada creativa era posible entrar en un periodo de letargo y descanso reparador, mientras se disfrutaba de un estado de apartamiento de las situaciones estresantes. El costo de tal manejo de los ritmos de desempeño personal era demasiado alto.

Fernández, era víctima de la adicción. Las sustancias psicoactivas empleadas de manera excesiva y prolongada tenían efectos severos como incrementar el insomnio, menguar las facultades mentales y agudizar los estados de ansiedad. Aquí una muestra del estado psíquico del paciente sobrecargado de sustancias químicas en su organismo:

“Inútil todo. He permanecido horas enteras en la enorme tina de mármol blanco, aletargado por la influencia de la temperatura ardiente del agua; tengo en el paladar el sabor salino de la droga sedante y en las narices el olor de la esencia de toronjil que el profesor agregó a la sal. Inútil todo. La angustia me oprime, me agota, me embrutece; me hace sudar frío, me imposibilita para pensar. En las últimas cuarenta y ocho horas no he podido pegar los ojos y el cerebro fatigado por el insomnio, funciona débilmente. No pienso casi, y me muero de ansiedad. ¿De qué?... De nada...” (Silva 1925/1993, p.143).

El hombre de la modernidad estaba expuesto a los riesgos del abuso de la autoestimulación. En apariencia el dominio del saber sobre las formas de estimular el cerebro era la vía más expedita para administrar de las destrezas mentales. Sin embargo, la activación y desactivación de la actividad neuronal no era asunto de fácil manipulación, pues al parecer sus formas de respuesta desbordaban las predicciones hasta el momento establecidas.

Fernández hizo patente, en carne propia, el inicio de la era de los estimulantes. Los hábitos de consumo de sustancias como las anfetaminas se convirtieron en formas sociales aceptadas para inducir estados de ánimo y formas de desempeño de manera deliberada. Las personas se hacían dueñas de sí mismas cuando activaban sus capacidades físicas y mentales, por medio del consumo de analgésicos, los somníferos, antidepresivos, etc. El desarrollo de la pujante industria farmacéutica se exhibía como una muestra del bienestar de las sociedades civilizadas.

El mundo moderno había puesto en manos de las personas los elementos que favorecían el autocontrol, pero al costo de los riegos los problemas de la dependencia. Se había pasado de la dependencia religiosa a la dependencia de los estimulantes. Fernández estaba viviendo el drama del hombre de provincia que por escapar de la

dependencia clerical había pasado a la dependencia farmacológica. Así era el tiempo de su época, un periodo de polaridades extremas, de posturas encontradas entre las formas ancestrales y las tendencias disruptivas.

Conclusiones

Este artículo se ha propuesto nutrir la historia de la psicología en Colombia con nuevos elementos de juicio sobre sus formas de recepción social de la disciplina en el siglo XIX. Se ha agregado a la tradicional ecuación de una recepción técnico instrumental del saber psicológico y la presencia de elementos político-religiosos un nuevo componente: la dimensión estética. El conocimiento psicológico se difundió, tanto en las aulas de la academia y los escritos científicos, como en las producciones literarias.

El país colombiano contó con diferentes canales de filtración de la psicología experimental dentro de un permanente esfuerzo de modernización de la nación. El género literario fue empleado para confrontar el ambiente rígido de la sociedad bogotana, pétreo e impermeable (a las ideas científicas de disciplinas como la psicología) y así ceder terreno a grandes controversias en torno a los asuntos como la visión secular de la conciencia humana.

Colombia contó en el siglo XIX, no sólo con una hegemonía religiosa en torno la consideración de la mente humana como un legado divino patentado en un alma cristiana sobrenatural. Se hicieron presentes voces disidentes y críticas hacía la excesiva tutela clerical sobre la vida íntima y la subjetividad de las personas. José Asunción Silva (1925/1993) fue un personaje que encarnó la lucha por la libertad individual y el deseo de apropiarse a las personas de su fuero interno. Era su interés demostrar que era posible habilitar el derecho a buscar alternativas de un mejor vivir dentro de concepciones tan importantes como el acceso a la personalidad autónoma, la salud mental, etc., a través de las visiones de la moderna psicología experimental.

La disciplina psicológica aparece descrita en *De Sobremesa* de una forma sumamente original, pues no es su interés registrar y reproducir la racionalidad científica a la manera de un académico positivista que muestra de manera esquemática y objetiva un catálogo de fundamentos teóricos, contenidos, métodos, etc. En sentido opuesto, mostró la experiencia de alguien que se aproximó a los aportes de la disciplina para satisfacer sus inquietudes personales. Se llevó a cabo el ejercicio de mostrar la semblanza de la nueva ciencia vista por un poeta con problemas de aceptación social, ataques de ansiedad, deseo de encontrar nuevos temas de disertación literaria e interés en controvertir la mentalidad parroquial de su cultura nativa.

Silva (1925/1993) asumió como fuente de inspiración la importancia de los psicólogos experimentales; personas amables y comprensivas como Rivington y Charvet, interesados por arrojar luces de entendimiento a sus diversas inquietudes. Las explicaciones a las preguntas de Fernández fluían en un ambiente cálido de recepción y acogimiento emocional. La atención de sus dolencias psíquicas estuvo acompañada de procedimientos experimentales, basados en el laborismo y las revisiones de aspectos fisiológicos y emocionales. Lejos de clasificarlo dentro de una taxonomía patológica había el interés de orientarlo en el campo del tratamiento personal de sus

propios síntomas y la prevención de posibles reincidencias.

El solitario y depresivo Fernández se sintió acompañado y confiado en la postura contemplativa y explicativa de los psicólogos experimentales. Ya no estaba presente el discurso culpabilizador de la religión, tampoco estaba presente el interés de clasificarlo patológicamente, como hacía Nordau con artistas. Rivington y Charvet tenían interés en fortalecer su autoestima, potenciar su capacidad de logro en materia de bienestar emocional y la satisfacción consigo mismo. Consideraban necesario velar por la salud del cuerpo para alcanzar la salud mental. Apareció como hecho notable la concepción de la satisfacción sexual como un ingrediente importante del bienestar subjetivo y la salud mental. La vida erótica se convirtió en modo de alcanzar un nuevo sentido de la vida orientada a la satisfacción personal y la experiencia plena de la juventud.

Fernández dejó en claro, que el conocimiento psicológico tenía otra faceta, distinta a la presentada por los psicólogos experimentales o los libros de texto: la recepción y el uso social de la población. La idea del autocontrol emocional a través de los estupefacientes, el dominio de los estados de ánimo con las sustancias químicas fue una de las grandes sorpresas del joven colombiano en las metrópolis europeas. La curiosidad y la necesidad de alivio a sus síntomas lo llevó a Fernández a recorrer el camino de los más diversos psicoactivos, mientras se recreaba en describir su efecto en sus vivencias psíquicas. Aparecen registrados, también sus estados de decepción frente al efecto adictivo, hecho desconcertante pues se tenía a las sustancias químicas como elementos curativos de la ciencia y componentes generadores de experiencias psíquicas novedosas.

La novela *De Sobremesa* representa un documento histórico, una pieza literaria entre muchas otras, que muestra el camino de las ideas psicológicas en el país. A través de la literatura, también es posible acercarse a la historia de la psicología en Colombia y a los procesos de recepción social. Las resistencias sociales hacia los temas psicológicos eran notables en el país, el temor a la vida moderna y al sujeto de las sociedades industrializadas causaba espanto e indignación. Silva y sus editores superaron muchas barreras para dejar un testimonio histórico de la importancia de la psicología para el avance social del país y el bienestar mental de las personas en una época de ocultamiento y evasión de los problemas de una vida íntima insatisfactoria.

Referencias

- Ángel, D. (2019). *Silva* [Silva]. Seix Barral.
- Ardila, R. (1973). *La psicología en Colombia: desarrollo histórico* [Psychology in Colombia: historical development]. Trillas
- Ardila, R. (1986). *La psicología en América Latina. Pasado, presente y futuro*. [Psychology in Latin America. Past, present and future]. Siglo XXI.
- Jiménez, A., & Reina, C. A. (2019). *Infancia y juventud en Colombia. Aproximación historiográfica* [Childhood and youth in Colombia. Historiographical approach]. Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Oviedo, G. L. (2018). El humor gráfico y la formación de la individualidad en la Colombia del siglo XIX [Graphic humor and the formation of individuality in 19th century Colombia]. En: Benavides, J. (Ed.), *Humor y política. Una perspectiva transcultural* [Humor and politics. A cross-cultural perspective] (pp. 41-71). Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia.
- Oviedo, G. L. (2019). *Historia oculta de la psicología en Colombia. Ciencia y religión a finales del siglo XIX* [A hidden History of psychology in Colombia. Science

- and religion at the end of the 19th century]. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Oviedo, G. L. & Benavides (2021a) Aproximaciones colombianas a la psicología evolutiva [Colombian approaches to evolutionary psychology]. *Universitas Psychologica*, 20, 1-14. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy20.apes>
- Oviedo, G. L. & Benavides, J. (2021b). La mente infantil en la Colombia teocrática (1881-1887) [The infantile mind in theocratic Colombia (1881-1887)]. *Revista de Historia de la Psicología*, 42(3), 28-37. <https://doi.org/10.5093/rhp48.2021.a15>
- Peña, T. (1993). La psicología en Colombia: historia de una disciplina y una profesión [Psychology in Colombia: history of a discipline and a profession]. En: Quevedo, E. (ed.) *Historia Social de la Ciencia en Colombia* [Social History of Science in Colombia] Vol.9. (pp. 91-97). Tercer Mundo.
- Reina, C. A. (2017). *Jóvenes, reclutas y desertores: la juventud utilizada en Colombia: siglo XIX y XX (1819-1960)* [Young people, recruits and deserters: the used youth in Colombia: XIX and XX centuries (1819-1960)]. Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Rosselli, H. (1968). *Historia de la psiquiatría en Colombia* [History of psychiatry in Colombia] Vol. I. Horizontes.
- Salazar, C. A. (2022) *El origen sensorial de la conciencia en la narrativa colombiana (1870-1920)* [The sensory origin of consciousness in Colombian narrative (1870-1920)]. Editorial EAFIT.
- Salazar, C. A. (2020). La resurrección del ser humano metafísico a través de la naturaleza psicofisiológica: una novela corta de José María Rivas Groot [The resurrection of the metaphysical human being through psychophysiological nature: a short novel by José María Rivas Groot]. *Revista Escritos*, 28(60), 29-47. <https://dx.doi.org/10.18566/escr.v28n60.a03>
- Silva, J. A. (1993). *De Sobremesa, 1887-1896* [Table Talk, 1887-1896]. El Áncora Editores.